

# APARICIÓN DE LA INMACULADA VIRGEN MARÍA DE LA SAGRADA MEDALLA MILAGROSA

**Día 27 de noviembre**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**A** fines del año 1830, la hermana Catalina Labouré, novicia en una de las comunidades de Hermanas de la Caridad, hija de San Vicente de Paúl, que hay en París dedicadas al bien de los pobres, estando orando, tuvo la siguiente visión: Se le apareció la santísima Virgen en la forma con que suele representarse en el misterio de la Inmaculada Concepción, de pie y con los brazos extendidos, y pisando con un pie la cabeza de la infernal serpiente. De cada mano salían, á manera de dos haces, como un torrente de rayos de un brillo que sorprendía y embelesaba, con la particularidad de que algunos rayos eran más notables que los otros, y se dirigían á cierta parte del globo, que veía la hermana allí también. Oyó luego una voz que le dijo: *Ésos rayos son símbolos de las gracias que María alcanza para los hombres, y la Francia es aquel punto del globo sobre el cual se dirigen la mayor parte de ellas [A.D. 1830].* En rededor de la imagen leyó en carácter de oro esta breve invocación: *¡Oh María, concebida sin pecado original!, rogad por nosotros, que, recurrimos á Vos.* Después de haber la Hermana contemplado por algunos momentos aquel cuadro, dio éste una vuelta y en su reverso vio la letra *M*, sobre la cual estaba una cruz pequeña, y debajo de ella las efigies de los sacratísimos Corazones de Jesús y de María, el uno cercado con la corona de espinas, y atravesado el otro con una espada.

Después que hubo ella considerado bien todo aquel cuadro, oyó nuevamente estas palabras: *Hágase acuñar una medalla, según este modelo, y los que la llevaren enriquecida de indulgencias, y dijeren con piedad esta pequeña deprecación, gozarán de una especialísima protección de la Madre de Dios.* La religiosa dio en seguida parte del suceso á su director, quien lo miró como ilusión de su fantasía piadosa, limitándose á dar á la Hermana breves instrucciones acerca de la verdadera devoción á María, y haciéndole observar que el mejor modo de honrarla y de conseguir su protección era imitar sus virtudes. Ella se retiró sin turbarse, y no pensó más en la aparición.

Pasaron seis meses, y se repitió el mismo cuadro con todos sus detalles, oyendo las mismas palabras. Creyó dar de nuevo parte de ello al mismo director espiritual, y éste la despidió de la misma manera que la primera vez. En fin, pasaron otros seis ó siete meses, y vio la hermana Labouré la misma visión por tercera vez, y la Virgen le hizo el mismo ruego, pero añadiendo: *Que la santísima Virgen no miraba con buenos ojos el que se descuidase tanto en hacer acuñar la medalla.* Entonces hizo caso el director, aunque sin manifestárselo á la Hermana, temeroso de desagradar á la que llama la Iglesia *Refugio de pecadores.* Pero, dominado aún del pensamiento de que todo ello pudiera ser mero efecto de la imaginación viva de una religiosa, no daba los pasos que eran procedentes; hasta que, con ocasión de ver al Arzobispo de París algunas semanas después, puso en su conocimiento todo el relato de Catalina Labouré. Contestóle el Prelado que no había inconveniente en mandar acuñar la medalla, porque en esto nada había que fuese contrario á la fe de la Iglesia; antes bien, por ser conforme á la piedad de los fieles para con la santísima Virgen, podría contribuir á que se la honrase.

En efecto, pasados los estragos del cólera morbo, se acuñó la medalla en Junio de 1832, acuñándose de cuatro tamaños y metales diferentes, y contenían la deprecación *¡Oh María, sin pecado concebida! Rogad por nos, que acudimos á Vos,* en diez idiomas distintos. Difundiése muy luego la medalla entre las Hermanas de la Caridad, las cuales las dieron á varios enfermos y á moribundos obstinados en su impenitencia. Produjo curaciones asombrosas y conversiones no menos sorprendentes en París y en la diócesis de Meaux. Corrió luego la fama de tan maravillosos sucesos, y de todas partes pedían la *medalla milagrosa, la medalla que cura.* Al año siguiente, en el Mes de María, los Hijos de San Vicente de Paúl la dieron á conocer extendiéndola por toda Francia, inspirando en todas partes inmensa confianza. Puede decirse que voló la medalla milagrosa por el extranjero; y en Europa entera, en América y hasta en la China, en todas partes fue recibida con veneración, alegría y gratitud; y cuantos invocaron á la Virgen con la inscripción de la medalla, con amor y con fe, la hallaron propicia. Fue tan portentosa su propagación, que en el año 1837 ascendía el número de las medallas acuñadas en Francia: el de las de cobre, á más de veinte millones; el de las de plata, á un millón veintidós mil; y á trescientas cincuenta y dos el de las de oro.

Sacerdotes, llenos del espíritu de Dios, aseguraban que las medallas reanimaban el fervor, así en las ciudades como en la campiña; y los prelados más distinguidos confesaban que les merecían toda su confianza y las miraban como un medio de que se valía la Providencia para avivar la fe, tan amortiguada en el siglo xix; que restablecían la paz y unión en familias hasta entonces divididas por la discordia; y que, en fin, no habría persona que llevara esta medalla, que no experimentase efectos muy saludables. Y el Sumo Pontífice entonces reinante, Gregorio XVI, tenía puesta

**una de estas medallas al pie del Crucifijo en su oratorio; la regaló á muchas personas como señal especial de su benevolencia pontificia, y por medio de un rescripto concedió indulgencias á los que tuvieran la medalla y rezasen devotamente la predicha oración, pidiendo por las intenciones de Su Santidad.**

**Entre las curaciones y conversiones célebres obtenidas por la intercesión de la Virgen Inmaculada con el título de la Medalla milagrosa, es sobre todas digna de recordarse la conversión de Alfonso María de Ratisbona, del judaísmo á la Religión católica, á la edad de veintiocho años, el 20 de Enero de 1842. Natural de Strasburgo, capital de la Alsacia, hijo de padres judíos, llegó á fines de 1841 á Ñapóles, de paso para el Oriente, viajando por recreo y con el fin de restablecer su salud. Le causó profundo sentimiento la conversión al Catolicismo de su hermano Teodoro, hacía ya más de diez años, á quien tenía por apóstata. Por otra parte, pensaba casarse así que regresase á su casa. Ninguna gana tenía de ir á Roma, á pesar de las vivas instancias que le hicieron dos amigos de su familia, residentes entonces en Napóles: el Sr. Coulmann, protestante, antiguo diputado de Strasburgo, y el Sr. Barón de Rothschild. Salió de Ñapóles el 5 de Enero, por la mañana, con ánimo de tomar pasaje en un buque con dirección á Palermo; pero en la calle se le ocurrió ver á Roma, que no conocía. Sin más, entró en el despacho de billetes de una diligencia, y el día 6 estaba ya en la ciudad de los Césares y de los Papas. Pensaba estar en ella muy pocos días. El Oriente y su futura esposa le esperaban sin dilación.**

**Recorrió ligeramente las ruinas del paganismo, las iglesias y demás monumentos cristianos, recibiendo multitud de impresiones y recordando confusamente mil cosas. Pasaba las noches en tertulias y teatros. Fijó el día**

17 para la marcha, y el 15 había ya tomado asiento para Nápoles; pero debía una visita de despedida á Gustavo de Bussieres, antiguo amigo suyo, que se había educado con él en el mismo colegio, pero de ideas opuestas en religión; era protestante de la secta de los pietistas, y varias veces había trabajado infructuosamente por atraer á su secta al joven israelita. Sus reyertas concluían regularmente con estas palabras de despedida: *¡Rabioso protestante!*, decía el uno, y *¡Judío empedernido!*, respondía el otro. No encontrando Ratisbona á Gustavo en su casa, quiso despedirse por tarjeta de su hermano el barón de Bussieres, que era católico, y el criado italiano no entendía el francés, y le introdujo en la sala á presencia del barón, con gran repugnancia suya. Sólo se habían visto una vez en casa de Gustavo.

Recibido por el Barón con el mayor agrado, Ratisbona, al referirle lo que en Roma había visto, «me ha sucedido, añadió una cosa muy extraordinaria: estando viendo la iglesia de Aracseli, me sentí penetrado de una emoción profunda, que no podía explicarme». Por más esfuerzos que el barón hacía por convertir á Ratisbona, éste contestaba con bufonadas, y daba fin á las discusiones diciendo que *había nacido judío y que moriría judío*. Viendo su tenacidad, se le ocurrió i idea del Cielo! colgar del cuello del joven israelita, no sin viva resistencia y con las jocosidades de su temperamento, una de las medallas de la Virgen; logrando que se llevara y copiara la conocida oración de San Bernardo, *Memorare: Acordaos ioh misericordiosísima Virgen María!*, etc., con el fin de que la recitara por mañana y tarde. Por no desagradar al señor de Bussieres, prometió rezarla; porque, decía, si no me hace provecho, tampoco me hará daño. Por la noche se fue al teatro, olvidándose de la medalla y de la oración; pero, así que llegó a su casa, copió maquinalmente la oración para no faltar á su amigo.

**Al día siguiente, 16 de Enero, concluyó los preparativos del viaje, y por la calle iba repitiendo las palabras del *Memorare*, que se habían grabado vivamente en su corazón, sin explicárselo, como ocurre á veces repetir aires de música que, por más que se hace, no es posible apartarlos de la memoria, hasta cansarse. Al medio día fue á despedirse del señor de Bussieres y devolverle la oración; y, quien se negó rotundamente á amigos y parientes, accedió á quedarse algún tiempo en Roma, á los ruegos del Barón, á quien apenas conocía. Los caminos de la Providencia, son generalmente ignorados por el hombre. Bussieres y su familia no cesaban en sus oraciones á la Virgen Inmaculada por la conversión de Ratisbona; y al mismo tiempo el Barón le acompañaba en aquellos días, paseando en coche por las calles y plazas de Roma, y aprovechaba la menor ocasión para renovar el asunto que mas interesaba al joven israelita. La Virgen no dilató su auxilio poderoso: se trataba de la conversión de un pecador, y habían llegado al Cielo en apretado haz multitud de oraciones y de sacrificios.**

**En la noche del 19 al 20 despertó con sobresalto, viendo fija delante de él una gran cruz negra de una forma particular, y sin Cristo, sin poder dejar de verla, por más esfuerzos que hizo. Rendido por la lucha, volvió á dormirse. Era la cruz del reverso de la medalla. Levantóse al día siguiente sin pensar en ello. Pasó la mañana en visitas y pasatiempos profanos, muy lejos de figurarse lo que dentro de pocas horas había de transformarle por completo. Era el medio día, cuando, al salir de un café de la plaza de España, se encontró con el barón de Bussieres. Este le hizo subir en su coche, invitándole á dar un paseo, é indicándole que tenía que hacer una diligencia en San Andrés delle Fratte (ó de las zarzas), próximo al Colegio de Propaganda Fide, y de dicha plaza; y le suplicó que esperase unos minutos. En vez de aguardar en el coche, prefirió entrar en la iglesia por**

verla.

La iglesia de San Andrés es pequeña y pobre, y estaba solitaria. Miraba á un lado y á otro maquinalmente: sólo se fijó en un perro negro, que retozaba y saltaba junto á sus pies. Mas luego desapareció el perro, y toda la iglesia quedó como en tinieblas, excepto la capilla del Arcángel San Miguel, que es la segunda de la derecha. He aquí sus mismas palabras: *Hacía un instante que estaba yo en la iglesia, cuando me sobrecogió repentinamente una turbación inexplicable. Levanté los ojos: todo el edificio había desaparecido á mi vista: una sola capilla había recogido, por decirlo así, toda la luz, y en medio de este resplandor APARECIÓ LA VIRGEN MARÍA de pie sobre el altar; grande, brillante y llena de majestad y dulzura, tal cual está en mi medalla. Una fuerza irresistible me impelió hacia ella. La Virgen me hizo seña con la mano para que me arrodillase; parece que me dijo: está bien. Ella no me ha hablado, pero yo TODO LO HE COMPRENDIDO.*

Al volver el Barón á la iglesia, halló á Alfonso arrodillado delante de la capilla de San Miguel, le llamó y tocó al hombro varias veces sin que atendiera. El milagro era patente. Al fin consiguió ponerle en pie, sacándole del templo casi á empujones. *Llebadme donde queráis*, exclamó Ratisbona: *yo obedezco después de lo que he visto*; le ruega que explique el suceso, y se lo impide su emoción extraordinaria. Sacó del pecho la medalla milagrosa, y la besó una y mil veces, empapándola en sus lágrimas. *iAh, cuán feliz soy! ¡Cuán bueno es Dios! ¡Qué plenitud de gracia y de felicidad!* Esto dijo; y, pensando en los herejes y en los incrédulos, se deshace en lágrimas, sin poder articular más que estas palabras: *i Yo estoy en mi cabal juicio! ¡Dios mió, Dios mío, yo no estoy loco! ¡Todo el mundo sabe que no estoy loco!*

**Calmada algún tanto esta emoción de delirio, con cara radiante y transfigurado echó sus brazos al cuello del Barón, estrechándole á su pecho y pidiéndole le lleve á su confesor y que le bauticen, sin lo cual ya no podía vivir. Llévle á la iglesia de Jesús, Casa profesa de la Compañía, y ante el P. Villefort sacó Alfonso su medalla y, estrechándola á su pecho, exclamó: *¡La he visto...! ¡la he visto!* Y en seguida refirió la aparición. Y el que horas antes era tenaz judío, ignorante de toda nuestra santa religión, explica y siente ahora todos sus dogmas, mejor que si hubiera cursado Teología. Se la había enseñado la Reina del Cielo, y asegura él que *todo lo había comprendido*. Es imposible continuar extractando tan asombrosa conversión, la más famosa del siglo xix. Requiere un libro voluminoso.**

**La noticia del milagro circuló por toda Roma, y mil y mil gentes corrían á preguntarse unas á otras lo sucedido. En todas partes se hablaba de ello. Estando un día en la habitación del P. Villefort, entró el General Chlapowski diciendo á Ratisbona: *Conque ¿habéis visto la imagen de la santísima Virgen?*—*La imagen, no,* le interrumpió el joven neófito; *la he visto á Ella misma, en realidad, en persona, del mismo modo que os estoy viendo á vos ahí.***

**Debidamente instruido en los santos sacramentos y demás puntos necesarios por el P. Villefort, llegó el día 31 de Enero, en el que, con brillante magnificencia y extraordinario concurso, recibió en dicha iglesia de Jesús el bautismo de adultos, que le administró el cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad. Y, en el momento del bautismo, la Virgen hizo que le asistiera un sacerdote francés para hablarle en su lengua nativa: fue el Mons. Dupanloup, después ilustre obispo de Orleans, residente entonces en Roma, con motivo de una comisión especial. También le acompañó en tan memorable día el célebre**



**cardenal Mezzofanti. En el mismo día recibió después la confirmación y la primera comunión de manos del cardenal Patrizzi. Y después tuvo el consuelo dulcísimo de presentarse como hijo de la Iglesia recién nacido á los pies del Padre Santo, Padre común de todos los fieles [Su Santidad el Papa]. Renunció Alfonso Ratisbona en este día al mundo, á su pompa y á sus placeres, á su fortuna, á sus esperanzas, á su porvenir; renunció á su futura esposa, al cariño de su familia, al aprecio de los amigos, á la estimación de los judíos. Nada más anhelaba que seguir á Jesucristo y llevar su cruz hasta la muerte. Pensó ingresar en la religión de la Trapa para esconderse por completo del mundo, y poco tiempo después entró en la Compañía de Jesús y en la Congregación de Sacerdotes de Nuestra Señora de Sión, que su hermano el P. Teodoro, de la misma Compañía, fundó en el mismo año de 1842, en memoria de la conversión de Alfonso, destinada á la conversión de los judíos y á la educación de los jóvenes neófitos.**

**En la capilla segunda de la derecha de dicha iglesia de San Andrés se venera la imagen de la Virgen Inmaculada, tal como allí se apareció á Ratisbona; y en la misma capilla se conservan pinturas que recuerdan su repentina y milagrosa conversión. Este hecho extraordinario, que llamó la atención del mundo entero, recibió la autenticidad de milagro por una declaración solemne del referido cardenal Patrizzi, como vicario general del Papa Gregorio XVI, fecha 3 de Junio de 1842. Para conservar la memoria de esta y otras muchas conversiones y curaciones milagrosas, y para que se extendiese y engrandeciese más el culto y la devoción verdadera de los pueblos cristianos á la Concepción Inmaculada de la siempre Virgen María, juzgó conveniente la Sede Apostólica que, como ya antes se había concedido en favor del santísimo Rosario y del Escapulario del Carmen, se conmemorase anualmente en**

fiesta especial esta Aparición de la santísima Madre de Dios y su sagrada Medalla. En su virtud, previo el maduro examen de los hechos por la Sagrada Congregación de Ritos y el dictamen de esta misma, el Sumo Pontífice de feliz memoria, León XIII, concedió á la Congregación de Sacerdotes de San Vicente de Paúl, quienes, por disposición de su santo fundador profesaron siempre y celebraron la Concepción Inmaculada de María, y á las Hijas de la Caridad , el Oficio y Misa propia de la fiesta de esta Aparición el 27 de Noviembre; cuya gracia extendió después el Papa á las diócesis y familias religiosas que lo han solicitado. En España se celebraba en todas las diócesis con rito doble mayor.

**La Epístola es del cap. 8 de San Pablo a los romanos.**

**Hermanos: Nosotros sabemos que todas las cosas cooperan al bien para aquellos que aman á Dios, y aquellos que, según su propósito, han sido llamados santos. Porque á aquellos que previo los destinó también á hacerse conformes á la imagen de su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos. Aquellos que predestinó los llamó también; y á los que llamó, también los justificó; y aquellos que justificó, también los glorificó.**

## **REFLEXIONES**

***A los que aman á Dios, todo se les convierte en bien.*** No dice San Pablo que nunca suceden contratiempos á los que aman á Dios: sabía muy bien á cuántos están sujetos mientras viven en este miserable mundo: sólo dice que por el amor que tienen á Dios sabrán convertir todas las cosas en mayor provecho suyo. La adversidad los humilla, pero no los abate; desvíalos de las criaturas para acercarlos á Dios. Las honras y los aplausos les recuerdan, no lo que son, sino lo que debían ser; y los desprecios y las humillaciones, lo que son efectivamente.

**Hasta sus mismas faltas les sirven para excitar el fervor y despertar la vigilancia. Es la concupiscencia como aquellos ponzoñosos insectos que convierten en veneno el delicioso jugo de las más hermosas flores; al contrario, el amor de Dios es como la oficiosa abeja que convierte en dulce miel el jugo más amargo. Todos somos llamados á ser santos, y todos lo somos desde que comenzamos á amar á Dios sin excepción y sin reserva. El amor de Dios es á un mismo tiempo principio y complemento de la santidad. Todos somos llamados á ser santos, como todos fueron convidados á la mesa de aquel padre de familias; pero todos se excusaron con diferentes pretextos. Aquellos que previo Dios llegarían á la santidad á que los llamaba porque se aprovecharían de sus gracias, los predestinó para ser semejantes á su Hijo, participando de sus dolores en la Tierra y de su gloria en el Cielo. No hay predestinado que no deba su dicha á la gracia de Jesucristo, á su misericordia y á sus méritos infinitos. No hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad que él mismo fue el artífice de su desventura y de su reprobación.**

**El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.**

## **MEDITACIÓN**

**Todo réprobo está convencido de que su condenación fue efecto de sus obras.**

**PUNTO PRIMERO. — Considera qué dolor, qué desesperación será por toda la eternidad la de un infeliz condenado cuando considere que su reprobación fue obra de sus manos. Si se condenó, fue puramente por culpa suya; si se condenó, fue porque él mismo lo quiso así; si se condenó, fue porque no le dio gana de corresponder á la gracia de Jesucristo. Había hecho este Señor todo lo necesario para lograr su salvación; á**

**ninguno excluyó este divino Salvador del beneficio de la redención; nació, vivió en el mundo, murió y padeció por él como por todos los predestinados; concedióle también todos los auxilios suficientes para que fuese santo. Esta verdad es de gran consuelo para los fieles, pero es de inexplicable tormento para los infelices condenados.**

**Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdición; si Dios no hubiera muerto por ellos; si los hubiera negado las gracias absolutamente necesarias para la salvación, no por eso sería menos funesta su desdichada suerte, ni su mal menos infinito, aunque entonces todo su odio y toda su rabia se volverían contra Dios porque solamente los había sacado de la nada para perderlos. Condenáronse, porque no quisieron escuchar la voz de aquel buen Pastor; porque se salieron del aprisco, y no quisieron volver á él. ¿Será culpa del pastor si fueron despedazadas las ovejas?**

**No hay réprobo que no sea el artífice de su condenación. ¡Buen Dios, qué dolor, qué despecho el deberse uno á sí mismo su eterna perdición!**

**PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay santo en el Cielo que no conozca, que no esté plenamente convencido de que su salvación únicamente la debe á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Qué afectos serán los suyos de amor, de reconocimiento y de alabanzas á la bondad de aquel divino Salvador! No hay en el Infierno condenado que no esté igualmente convencido de que este mismo divino Salvador jamás le negó su gracia, y que él solo, por su propia malicia, no quiso seguir aquella saludable inspiración, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso gusto que le había de causar la muerte; caminar por el camino estrecho que lleva los hombres á la vida. ¡Qué afectos de odio, de rabia y de furor serán los suyos contra sí mismo!**

**Aquel rico que se condenó por toda la eternidad, estará comprendiendo que en su mano estuvo redimir con limosnas sus pecados, que logró grandes auxilios, que no le faltaron medios ni gracia para aprovecharse de ellos, y que sólo le faltó la voluntad.**

**Aquella doncella, aquella mujer que se condenó, jamás olvidará en el Infierno todo lo que hizo Dios para salvarla. Condenóse porque quiso, y de esto estará ella bien persuadida.**

**Aquella persona consagrada al Señor, dedicada á su servicio por los votos más solemnes, eternamente estará viendo en los Infiernos (si tiene la desgracia de ser precipitada en ellos) que la hubiera costado mucho menos traer una vida uniforme, inocente y arreglada en el estado eclesiástico ó regular, que la aseglarada con que vivió.**

**Representátese á un hombre que en un raptó de locura ó en un exceso de embriaguez puso fuego á su casa por mero antojo suyo. Comprende, si puedes, hasta dónde llegará el dolor de este insensato cuando haga reflexión sobre su brutalidad. ¡ Pues hasta dónde llegará el de un miserable condenado cuando la haga (y la estará haciendo siempre, mal que le pese) sobre que se condenó porque se quiso condenar!**

**Dios mío, pues me concedéis tiempo para prever esta desesperación, dadme gracia para precaver aquella pérdida. No, Dios mío, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, á padecer todo, á ejecutarlo todo para salvarme por los méritos de mi Salvador Jesucristo. Haced, Señor, que me salve mediante vuestra divina gracia.**

## **JACULATORIAS**

**Conozco, Señor, mis enormes culpas; las detesto y nunca dejaré de acusarme de ellas.—Ps. 50.**

**Vos, Señor, sois justo, aunque castigáis con rigor; á nosotros sólo nos resta la confusión de habernos perdido por habernos querido perder.—Dan., 9.**

## **PROPÓSITOS**

**1. Ser uno infeliz por una necesidad inevitable, es, á la verdad, bien triste suerte; pero tiene el consuelo de no atribuirse á sí mismo su desgracia, y de poder convertir toda su indignación contra la causa de su desastre. Pero ser sumamente desgraciado, eternamente desgraciado porque así lo quiso ser; ser para siempre desdichado por su propia malicia, cuando pudo ser dichoso y feliz por toda la eternidad; compréndase, si es posible, el rigor de este tormento. Mas ya, isi hubiera arbitrio en el Infierno para distraer de la imaginación este pensamiento, ó á lo menos que no tuvo los auxilios suficientes para salvarse, que Jesucristo no murió por él, que no estuvo en su mano proceder de otra manera! ¡ Ay, y qué de otra manera se viviría si se pensara con frecuencia en esta importante verdad! Medítala continuamente, y, cuando sea más violenta la tentación, cuando la pasión esté más viva, pregúntate á ti mismo: ¿quiero condenarme? Pues bien puedo darme este gusto; pero el fruto de esta pecaminosa condescendencia será el Infierno, será mi eterna condenación.**

**2. Has de considerar de cuántas piadosas industrias se valieron los santos para imprimir en sus corazones esta importante lección. Unos escribían esta sentencia, para tenerla siempre á la vista en las más fuertes tentaciones: *Si consiento este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, aplicando á la llama los dedos ó la mano, se preguntaban si podrían habitar por toda la**

**eternidad en el fuego del Infierno. Otros, en fin, se hacían familiares á sí mismos este importante pensamiento: *Mi salvación será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenación será obra de mis manos, si tengo la desgracia de perderme.***